

LO OLVIDADO, LO APRENDIDO, LO INTEGRADO: Sobre saberes migrantes

Eleder Piñeiro Aguiar

Universidad de A Coruña

eleder1983@hotmail.com

FORGOTTEN, LEARNED, INTEGRATED: On migrants knowledge

Resumen: Los discursos y prácticas de resistencia de los movimientos migratorios son parte consustancial al sistema capitalista actual. Por medio de las voces y praxis de inmigrantes rioplatenses a Galicia se quiere constatar un conjunto de saberes alternativos a las reglas globales de dominio y que tienen en su crítica al olvido histórico una base común.

Abstract: The speeches and practices of resistance of the migratory movements are a consubstantial part(report) to the capitalist current system. By means of the voices and practice of of the River Plate region immigrants to Galicia a set wants to be stated of saberes alternative to the global rules of domain and that have in his(her,your) critique to the historical oblivion a common base.

Palabras clave: Migración. Integración. Frontera. Omission. Transición
Migration. Integration. Border. Oblivion. Transition

El olvido tiene su componente histórico en Galicia ya en época de expansión del Imperio Romano. Décimo Junio Bruto llega al hoy llamado Río Limia y sus soldados se niegan a atravesarlo debido al temor que les producía la posibilidad de perder la memoria. Creían que se encontraban ante el mítico Lethes, el río del olvido. Lo interesante de esta situación desde el punto de vista antropológico es que se han sumado interpretaciones clásicas, que podríamos decir *etic* y aseguraban estar ante las puertas del infierno; a interpretaciones indígenas, *emic*, que afirman que se trató de un mecanismo de defensa de los pobladores de las tierras del actual Ourense ante la inminente invasión, intentando generar de forma oral el temor ante el cruce del río.

Veinte siglos después, la gestión del olvido histórico, la utilización de la cultura como arma política, los marcos legales en torno a la memoria histórica en España y de Punto Final en las dictaduras latinoamericanas, etc., dan el contexto y ejemplifican cómo los procesos actuales se nutren de y recrean el pasado.

El interés de estas líneas surge a partir de la cantidad de voces que en entrevistas y en mi trabajo de campo con inmigrantes rioplatenses se dan en torno a la crítica de que los gallegos “se han olvidado que ellos han emigrado antes”. El cruce del río (o mejor del charco) es ahora en el otro sentido del que se hizo para “hacer las Américas” y parece en ocasiones que no haya unas bases, un pasado en común, unas redes. Por supuesto esta crítica se hace ante situaciones puntuales de incumplimiento de expectativas y principalmente ante la dureza del proceso de legalización. Funciona en términos de traducción el comparar el viaje del siglo pasado de abuelos o antepasados con los viajes actuales. Y se marca el acento en confrontar los niveles de aceptación de unas y otras sociedades en cuanto a los flujos migratorios de las diferentes épocas.

Por todo ellos creo que un término como el de integración puede servir para ver cómo se maneja el olvido por unos y otros y cómo ciertos mecanismos de la memoria son utilizados en aras de una migración más llevadera.

La relevancia y actualidad de dicho término es afín a la disciplina antropológica casi desde sus inicios:

“El concepto de integración tiene larga historia en la Antropología y se ha planteado tradicionalmente como una característica fundamental de la cultura o al menos como la expresión más positiva de ésta. El método antropológico a partir de las corrientes funcionalistas, de cultura y personalidad y estructuralista, ha primado la contemplación y análisis de la cultura como todos integrados. El concepto de integración se ha aplicado hasta la saciedad en referencia a los problemas de la diversidad étnica o cultural dentro de un país o nación y en concreto ante la afluencia masiva de nuevas oleadas de inmigrantes” (Fernández de Rota, 2002: 17).

Es dentro del estudio de estas “nuevas oleadas de inmigrantes” donde queremos contextualizar lo que sigue, si bien haciendo constar que hablar de viajes y asentamientos con el término “oleadas” puede suponer una imagen algo peyorativa por cuanto subyace la idea de que los extranjeros “chocan” contra nuestras costas. Que esto suceda, literalmente, en la migración venida en cayucos (minoritaria aunque magnificada en los medios) no puede nublarlos ante otro tipo de visiones. Debemos atender a la migración en su carácter relacional, simbólico, procesual, polifónico, dialógico, multisituado.

El campo que nos ocupa, pues, es el de la migración rioplatense, argentina y uruguaya, a España, en concreto a Galicia. Y si hay que hablar de oleadas no podemos dejar nunca de lado el que han sido primero por medio de una invasión, los europeos y concretamente

españoles y portugueses, los que han ido a sus costas en otro tipo de cayucos llamados cachelas. Como me comentaba el profesor de un instituto de primaria inserto en el barrio con mayor población migrante de A Coruña: “nos están devolviendo amablemente la visita que nosotros les hicimos hace 500 años”. Por supuesto *visita* en tono sarcástico. Sería útil atender en otra ocasión a las reglas de hospitalidad y diferenciar entre visita (algo inesperado y en ocasiones no deseado) e invitación (algo ofrecido y que atiende a las reglas de quien la hace). Creemos que la migración tiene componentes de las dos que no son fáciles de discernir, si bien mucho de ello se resume en la frase “se pidió mano de obra y llegaron seres humanos”. Y aunque en el caso que nos ocupa se atiende en muchas ocasiones al carácter voluntario, en última instancia, de la práctica migratoria, no podemos dejar de ver que una cosa es voluntariedad y otra libertad.

Esto nos lleva a afirmar que debemos de ir más allá de las visiones *push/pull* de la teoría sociológica clásica sobre el análisis de las migraciones (en el marco de la teoría del desarrollo). Esta teoría y sus consecuencias sociales siguen estando muy presente en el imaginario colectivo y en el discurso mediático en cuanto a la visión que una gran parte de la sociedad tiene del fenómeno migratorio. Desde aquí se pretende criticar esta visión que tan sólo atiende a las lógicas de expulsión y atracción de los migrantes, tanto en origen como en destino. Se trata de un enfoque demasiado economicista y anclada en un nacionalismo metodológico y que se centra exageradamente en las características de los estados-nación, dejando de lado la agencia o factores transculturales o globales.

Por otro lado la teoría de la dependencia se centra principalmente en la riqueza y el poder desigual en el mundo, y aunque amplía un poco a la anterior, tampoco es del todo válida para enfocar la temática actual de los flujos migratorios. El contexto teórico donde podríamos ubicar este artículo podría ser el de las teorías transnacionalistas que tienen la ventaja de mostrarnos que:

“Primero, *lo que induce a emigrar es la disparidad que las personas perciben entre sus oportunidades en el lugar donde viven y las expectativas que ven fuera [...]* Segundo, en esa ecuación o ponderación que hacen millones de individuos –y potenciales emigrantes- *son decisivas las informaciones, imágenes y estímulos procedentes del mundo rico [...]* Tercero, *uno de los principales factores de atracción son precisamente los familiares y amigos ya establecidos en el extranjero, quienes ponen en marcha la cadena migratoria [...]* Finalmente, las migraciones actuales *no son explicables sin la existencia de campos migratorios y la conformación de redes de relación cuyo papel es clave en la salida, viaje, llegada, ubicación, asentamiento y atracción del nuevo candidato a emigrar*” (cursivas en el original. Giménez Romero, 2003: 44-45).

A esta breve introducción teórica se ha de sumar el concepto de “conexión transnacional” de Ulf Hannerz (1996), por cuanto implica una superación teórica del concepto de globalización y atiende más a la diversidad de los procesos actuales que se están dando, y del que la migración es uno de ellos, y que rompen con la visión homogeneizadora de muchos defensores del neocapitalismo. En este sentido tendríamos también la obra de James Clifford (1999) en donde se habla de “itinerarios transculturales”, y en donde la práctica de viaje es conceptualizada y vista como un proceso de conocimiento, resistencia al sistema y crítica de la visión basada en el estado-nación. “La pregunta no es tanto “¿De dónde es usted?” sino “¿Entre dónde y donde está usted?” (comillas en el original. Clifford, 1999: 53).

Opinamos que una teoría de las soberanías re o des-territorializada se hace más pertinente que nunca y más si atendemos a nuevos actores. En este sentido la

conceptualización de la posmodernidad como espacio del *devenir migrante*, en el sentido de un sujeto con múltiples patrias, precario, desprotegido frente al mercado, etc. creemos que resulta imprescindible: “el migrante es el paradigma de la subjetividad posmoderna, no tiene más raíces, no está condicionado por todo el peso de la historia, de la comunidad, y puede cruzar confines, hibridarse” (Mezzadra, 2005: 27).

Otra aportación teórica importante para lo que nos ocupa podría ser hecha por Appadurai (1996) y su concepto de “paisaje étnico” unido al mediático, al tecnológico, al financiero y al ideológico. La posibilidad de moverse y la realidad de llevar dicha movilidad a cabo funcionan en el imaginario y en las prácticas de los migrantes o de los posibles migrantes. Es clave en ello los circuitos geopolíticos, las nuevas tecnologías de la comunicación y el simbolismo que entrecruzan todos los canales mediáticos y discursivos.

Con todo ello se puede decir que la porosidad de las culturas, el carácter creativo de los sujetos, la imaginación y las redes sociales que se crean, actúan frente a una visión homogeneizante y estancada de las sociedades. Todo ello cobra la forma de luchas y resistencias, lo que se concreta, a nuestro entender, en las formas de biopoder y biopolítica analizados por Foucault pero también por James Scott (2003). El “discurso oculto”, “fuera de escena”, se hace imprescindible para realizar un estudio crítico de la integración.

Muchas de las personas de las asociaciones de inmigrantes que visito me comentan que uno de sus mayores objetivos es tratar de crear un espacio en donde los diferentes compatriotas se vean unidos por unos lazos creados en origen, “pues hay cosas que a un gallego no le puedes contar o no las va a entender”. Además funcionan como catarsis de liberación ante las penalidades vividas, sean éstas debidas a la falta de empleo, a las situaciones de rivalidad frente a los autóctonos, a ciertos casos de xenofobia, o al no ser aceptados en algún círculo debido al acento, etc. Como dirá James Scott refiriéndose a lo que él conceptualiza como explotados o subordinados y a nuestro modo de entender podría ser la mano de obra barata que proviene desde países del denominado Tercer Mundo al Primer Mundo,

“En ese círculo social restringido, el subordinado puede encontrar un refugio ante las humillaciones de la dominación: allí, en ese círculo, está el público para el discurso oculto. Al sufrir las mismas humillaciones o, peor aún, al estar sujetos a los mismos términos de subordinación, todos tienen un interés común en crear un discurso de la dignidad, de la negación y de la justicia. Tienen, además, un interés común en reservar un espacio social, alejado de la dominación, para elaborar allí, en relativa seguridad, un discurso oculto” (Scott, 2003: 169).

En cualquier caso la integración puede ser vista desde variados puntos de vista y la aproximación teórica que hagamos ha de tener en cuenta antes que nada que su valor expositivo, analítico, y que al fin y al cabo es una clasificación hecha por el investigador, algo que también puede ser leído desde un análisis del poder que debería tomar a la ciencia y al discurso oficial educativo y académico al servicio del sistema (y por tanto algo que puede servir de crítica a nuestra propia disciplina).

Sea como fuere la integración compone muy diferentes campos (educativos, normativos, legales, laborales, familiares); a muy diferentes sujetos (familias, individuos, autóctonos, administraciones, espacio comunitario; medios de comunicación); y diferentes objetivos (integración familiar, control fronterizo, aporte económico, legislación en torno a individuos y fronteras, resistencias al sistema de vigilancia y control, etc.).

El concepto “integración” es un vocablo polifónico que atiende a muchas visiones, discursos, prácticas y performatividades. Una voluntaria de una asociación que trabaja con

migrantes me aseguraba que la migración es “una moda en los medios”. Decía que sirve como cortina de humo, “ahora hablan de migración, luego de accidentes de tráfico, después de malos tratos para no encarar los problemas reales de la crisis”. Aún cuando éstos son también problemas reales y muy actuales, entendemos que muchas veces el centrarnos en el drama y en el morbo de la aventura trágica de la migración, deja de lado otros aspectos cruciales del fenómeno y que no nos puede hacernos olvidar que, a pesar de lo local, existen ciertas dinámicas que se repiten y que cruzan al sistema global como un todo. ¡Pero que no son visibles en los medios! Es a este respecto en donde Saskia Sassen se refiere a *Contrageografía*, concepto que corre paralelo al foucaultiano de *Contrahistoria*, para referirse a todos los flujos de personas que se están dando tanto en origen, como en destino, como en ambos, y que no son tomados en cuenta estadística ni simbólicamente, por lo general, en los medios. Pone ejemplos como los del tráfico sexual o las migraciones de lo rural a lo urbano en países pobres.

La misma autora se refiere a cómo “la migración pone a prueba al nuevo orden” y permite ser un panóptico donde podemos ver cómo se cruzan aspectos como ciudadanía, soberanía, globalización, nacionalidad, control, vigilancia, derechos humanos:

“Las migraciones internacionales a gran escala se inscriben en complejas redes económicas, sociales y étnicas. Sumamente condicionadas y estructuradas, no constituyen en absoluto ámbito de libre circulación. Así pues, la realidad niega la catastrofista imagen popular de una masiva invasión de los pobres. La inmigración es más un problema de gestión que una crisis” (Sassen, 2001: 76).

Y en cuanto a gestión de crisis los dos elementos que más están siendo regularizados son los individuos y su dicotomización entre legales e ilegales; y las fronteras, “no obstante, cada vez se reconoce más que las migraciones internacionales son función de una dinámica económica transnacional y geopolítica de mayor alcance.” (Sassen, 2001: 79).

Un ejemplo de esto lo tenemos en el libro *Frontera Sur*, en donde se critica la bunkerización de Europa, no sólo desde el propio suelo europeo sino desde aguas internacionales o en los propios Estados de origen de los migrantes. A este respecto, y pese a asegurar que la migración rioplatense puede funcionar a modo de ejemplo de unas colectividades bien integradas, sin apenas problemas en cuanto a aspectos xenófobos o racistas por parte de la sociedad de acogida, el Cónsul de Argentina en Madrid, Carlos Duhalde, me dirá que por lo que se refiere a la nueva Normativa Europea sobre Inmigración (*normativa de la vergüenza* es el término acuñado por muchos colectivos migrantes y pro migrantes, entre ellas la propia embajada) que “actúa a modo de sistema de control hacia dentro y hacia fuera, por ejemplo, por lo que se refiere a los cupos. Todos los años repatrián a aproximadamente el mismo número de personas, en torno a 40 argentinos”. Es decir, la visibilidad de un control férreo dentro del sistema comunitario es un símbolo hacia el resto de países, por cuanto que se trata, a nivel administrativo, de ejercer de portero férreo de entrada al suelo europeo por parte del gobierno español.

Una importancia relevante del concepto que nos ocupa es la cuestión del punto de vista adoptado, algo que se ha tomado en consideración en torno al debate *emic* y *etic*, clásico de la disciplina antropológica. Opinamos que una superación de dicho debate es tomar un carácter multisituado y polifónico. No podemos quedarnos simplemente con seguir el transcurso de la vida de un migrante desde su viaje hasta la inserción en la sociedad, sino que hemos de hablar de redes sociales, tanto en origen como en destino. Pero también será importante conocer los mecanismos que llevan a que determinados colectivos tengan preferencia por determinados lugares. Por poner un ejemplo la llegada de la prima de un amigo uruguayo trastocó la economía familiar, posibilitó la puesta en práctica de redes laborales

(se puso a trabajar con el padre de dicho amigo), cambió la economía familiar y sus espacios (está viviendo en su casa), cambió tiempos de ocio (conoció a nuevos amigos dónde se acomodó a nuevos tiempos y lugares de ocio), etc.

Al observar las cotidianidades de ciertos migrantes rioplatenses en Galicia, así como con otros agentes que giran en torno al trabajo con dichos migrantes (medios de comunicación, asociaciones, ONGs, comercios, sindicatos, etc.) se pretende ofrecer una visión amplia y crítica de dicho concepto tan manido por la sociedad y por la opinión pública y que puede servir a un crecimiento del debate en torno a la migración y su descripción como “problema”.

Quizá sea útil desglosar individualmente los agentes implicados en el proceso integrador, si bien atender a una óptica simplemente individual nos puede llegar a apartar de las connotaciones globales que esta temática tiene. La integración es uno de los muchos factores que lleva aparejado un estudio sobre la migración, como pueden ser las relaciones transestatales, la globalización, el control fronterizo, los derechos humanos, etc.

Al hablar de quién integra qué componentes culturales y materiales de la inmigración, se puede hacer un guiño a la obra *Quién invade a Quién. El Plan África y la Inmigración*. En ésta se sale de la óptica tradicionalmente xenófoba y racista que percibe la migración como invasión para poner el acento en todos los mecanismos de control que desde los países desarrollados se crean y mantienen hacia los países no desarrollados y sus migrantes: asociación con terrorismo, vallas, políticas de cupos, la ayuda al desarrollo como neocolonización. Se defiende que la invasión es más bien producida por los países ricos y sus agentes en el exterior.

Con *quién integra qué* quiero hacer constancia de dos aspectos. En primer lugar, frente a una visión que pretende hacer ver a los sujetos migrantes como depositarios del *deber* de integración, surge la idea de que es en la sociedad de acogida en donde la integración *ha de* llevarse a cabo principalmente. Se plantea, pues, la integración en términos dialógicos y relacionales, en donde el peso llevado por las administraciones autóctonas y por los ciudadanos, tanto en lo que se refiere a legislación como en lo que se refiere a aceptación del extranjero, han de ser mucho mayores para una convivencia cívica y que fomente la diversidad. En este aspecto la conceptualización que hace Marta Malo del nuevo racismo como “Miedo-Ambiente” o que Appadurai titule una de sus últimas obras como *El Rechazo de las Minorías*. Creo que va en este sentido. En cualquier caso “la temática de la integración es un aspecto crucial para las personas de origen extranjero (afectados o beneficiados), para los autóctonos (de quienes depende más que nadie) y para las administraciones (cuyo papel es decisivo) (Giménez Romero, 2003: 69).

Y “depende más que nadie” puesto que es en lo local, en el barrio, en el vecindario, en la tienda de la esquina, en el alquiler de una casa... en donde las relaciones cara a cara se producen, en donde el grado de acogida o rechazo son puestos de manifiesto y en donde se utiliza el baremo de la integración. Repetimos la necesidad de percibir ésta no sólo desde el punto de vista del que viene. En partida nadie viene, por definición, a integrarse, sino a “buscar trabajo”, “juntarse con la familia”, “poder comer”, “dar un oportunidad a los hijos”, etc.

Por supuesto tenemos que en diferentes contextos migratorios surge la idea de integración como *deber ser*, como una meta a conseguir, como un objetivo planteado no sólo individualmente sino como colectividad. Para las personas de las diferentes asociaciones que visito es muy bien visto el verse inmersos en las dinámicas del barrio, se jactan de los diferentes actos que se realizan con otras asociaciones de la ciudad, se percibe como una necesidad el que socios y allegados no sean sólo argentinos o uruguayos sino que haya una convivencia de culturas. Habría que estudiar más profundamente cómo se han creado los mecanismos para esa visión de la integración como necesidad y sobre todo como algo tan positivo. Uno de los aspectos que tendríamos que analizar es cómo las diferentes adminis-

traciones abogan por la pluralidad convivencial como mecanismo que favorece la integración. A la hora de pedir una subvención de la administración autonómica puntúa muy alto el presentar socios de diferentes nacionalidades o el realizar actos en donde se fomente la diversidad cultural.

Si los primeros estudios de la Sociología de la Escuela de Chicago, centrados en la vida urbana y en la migración, abogaban por la asimilación como clave del éxito de la convivencia, hoy en día la integración sería la palabra clave. Suponemos que si en los primeros decenios del siglo XX el gran problema del capitalismo era la explotación, hoy en día lo es el de la exclusión, o mejor dicho de una inclusión diferencial en donde el continuum entre los que entran y los que no lo marcan múltiples límites, entre ellos el geográfico. En ese sentido sentirse *parte de* es imprescindible para estar dentro del sistema. Y para ello la reterritorialización se plantea como imprescindible.

Los mensajes a “tener dos nacionalidades”, integrarse sin olvidar las raíces, mezclarse, atender a costumbres diversas, etc. proliferan en medios, asociaciones, gobiernos, migrantes. Aunque por supuesto este sentimiento tiene una base material muy concreta que se centra en muchos casos en la tenencia o no de papeles. Esto podría funcionar a modo de rito en el sentido que Bourdieu lo utiliza como *acto de institución*. Este rito, para lo que nos ocupa, separa a los que lo han pasado no de los que no lo han pasado aún, sino de los que no lo pasarán. Y no lo pasarán, por supuesto, los repatriados, pero tampoco los que no han podido viajar. O los que por motivos económicos o por no poder presentar papeles de ciudadanía de algún familiar, no estarán ante la posibilidad de viajar.

Por otra parte, al poner el acento en el *qué* se integra, se quiere hacer constar que la integración atiende a diferentes lógicas dependiendo de los elementos de los que se trate. Es en ciertas normas no escritas en donde podemos percibir un discurso de aceptación o de desagrado frente a elementos que en un primer momento se plantean como “diferentes”. Parece que hay ciertos límites a qué se puede integrar. Hablar de estos temas atendería a los conceptos de orden y suciedad descritos por Mary Douglas. Entendida la suciedad como “materia fuera de lugar” podría haber una transposición de términos por cuanto los extranjeros son vistos fuera de lugar y, entre otras cosas, como sucios. El discurso autóctono en cuanto a las pintas, las ropas, lo sucio, las costumbres diferentes, puede ser un punto de unión que cristalice las prácticas y discursos en el continuum aceptación-rechazo de la diversidad.

Pero lo que no se tiene en cuenta muchas veces es que las prácticas que se critican (hacinamiento en los hogares, invisibilidad en lo público, horarios laborales que desatienden la educación de los hijos, “guetización”, etc.) para nada son prácticas culturales o étnicas sino que atienden a las lógicas capitalísticas globales. Y más si tenemos en cuenta el tener que percibir las familias de muchos migrantes como hogares desterritorializados, transnacionales, en donde el envío de divisas es factor central de la economía doméstica y por tanto de la disposición temporal hacia el mundo del trabajo en detrimento del mundo del consumo:

“La economía del trabajador o trabajadora migrante y de su familia no es la misma que la de los autóctonos y sus familias. Puesto que la mayoría de las personas de origen extranjero quieren enviar remesas, su economía se regula –al menos durante los primeros años– por la regla que se puede enunciar como “máximo ahorro y mínimo consumo”. Ello explica en parte determinadas prácticas como vivir en pisos compartidos, mantener una alimentación un tanto monótona, organizarse para disponer del mayor tiempo para el trabajo, etcétera, conductas que a veces se interpretan como pautas culturales y que, por el contrario, responden básicamente a estrategias familiares de tipo económico” (Giménez Romero, 2003: 54).

A pesar de que las líneas de actuación de las administraciones de los gobiernos son variadas, no debemos olvidar dos aspectos cruciales: no homogeneizar a todas las migraciones por igual, sin tener en cuenta el nivel adquisitivo, la procedencia de origen o las expectativas; y no homogeneizar a todos los actores locales como garantes de la buena fe en torno a la migración. Es en las prácticas concretas, en la cotidianidad, en las rutinas (y las regulaciones deberían fomentar la educación cívica y a partir de ahí legislar) en donde los factores de integración se manifiestan. Si ponemos antes una normativa y le sumamos una imagen pública que fomente el rechazo no avanzaremos nada en aras de la convivencia y la diversidad cultural. Un ejemplo de ellos apareció en el contexto educativo. La normativa tiende a generalizar y equiparar a los diferentes migrantes bajo el concepto de *extranjero*. Por ejemplo se ha analizado las *Medidas de Atención Específica ó Alumnado Procedente do Extranxeiro*, (DOGA del 26 de febrero del 2004). Ésta dice que los alumnos de fuera de Galicia pueden estar exentos del idioma gallego en cuanto a estudio de asignaturas y centra los colectivos de ayuda entre aquellos alumnos extranjeros que presenten desconocimiento de alguna de las lenguas oficiales, desfase curricular o dificultades de adaptación. Dicha determinación de necesidades corresponde a los departamentos de orientación y está previsto aportar profesorado de apoyo. En la práctica dicho profesorado o es nulo o escaso, apenas se cuenta con la opinión de los padres, “que siempre están trabajando” y se equipara a todas las nacionalidades bajo el título de extranjeros. Alumnos brasileños de un instituto se quejaban al director y decían que ellos preferirían estar exentos del castellano, pues entendían mejor el gallego. Otra directora de un colegio me decía que más importante que todas las medidas de la normativa de cara a la integración, es más importante que en el patio de recreo el alumno sepa jugar bien al fútbol, pues así tenderá a ser escogido por el resto de compañeros para pertenecer a sus equipos y se acomodará con mayor facilidad a la marcha del grupo.

Pero a pesar de que son la frontera y el individuo (en el caso citado arriba el alumno extranjero) los dos espacios de regulación principal, “no obstante, cada vez se reconoce más que las migraciones internacionales son función de una dinámica económica transnacional y geopolítica de mayor alcance” (Sassen, 2001: 79).

Las sociedades avanzadas, al nutrirse de la complejidad, del flujo y el proceso más que del tiempo y del espacio, son el terreno óptimo para ejercer una visión de la modernidad que ya no esté anclada en los conceptos-estanco de territorio, nación, ciudadanía, soberanía: las identidades son móviles, las patrias múltiples y las personalidades cambiantes, efímeras, negociadas. Es preciso un discurso de la transcidadanía. Ejemplo de esto lo tengo en mi trabajo de campo cuándo en Uruguay se debate sobre si crear un Departamento 20 que sea distrito electoral de los inmigrantes, o el aporte que las divisas dan a Argentina y Uruguay, o el clasificar el horario laboral anual en torno a las vacaciones y consiguiente visita al país de origen.

No podemos centrarnos sólo en el sujeto que viene de fuera y debemos, como antropólogos, ir más allá del mensaje de la opinión pública que dice que “se tienen que integrar”. Muy al contrario, los migrantes *integran la ciudad*. Si vamos más allá,

“¿Qué sentido tiene hablar de extranjeros en un marco en el que todo el mundo, más o menos, intenta resultar un extraño delante de los demás, es decir, un personaje que utiliza el distanciamiento y la reserva para protegerse de los demás, a la vez que disfruta de su compañía y de su eventual auxilio en caso de emergencia?” (Delgado, 2003: 16).

Y es ese distanciamiento, ese anonimato, ese diluirse (y diluir) la sociedad lo que percibimos como clave en el proceso integrador de unos y otros. Se trata de que se generen los mecanismos suficientes para que el señalamiento como mano de obra se borre y se genere un campo donde los derechos humanos, civiles, políticos y sociales tengan cabida. Para ello

es preciso un mayor conocimiento de la situación histórica y global de contactos mutuos entre poblaciones, grupos, empresas y Estados. De ahí el criticar el olvido, de hospitalidad pero también de tipo administrativo, y percibir la comparación en los planos del deber ser como marco tan importante como el marco europeo de fronterización y control. Como reza el himno gallego, anclado en la soberanía-territorio decimonónico e inaugurado en el otro lado del charco en un congreso sobre migración realizado en un Centro Gallego de La Habana: “non des a esquezemento”.

Y desde mi punto de vista para que ello se haga posible hay entender la migración no sólo como un campo donde percibir las contradicciones del capitalismo sino también un terreno de conocimiento entendido en sentido amplio. Muchas de las conversaciones que me encuentro en mi trabajo de campo comparan la situación que se daba en la posguerra, cuando Argentina era “el granero del mundo”, cuando Uruguay era “la Suiza de América”...

En 1946 Europa se enfrenta a su reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial. Cientos de miles de desplazados tratan de comenzar una nueva vida. Millones de personas se movilizan para reunirse con sus seres queridos. Mientras tanto se abre un nuevo orden mundial. En él, las dos superpotencias emergentes tras el conflicto bélico comienzan una contienda que les lleva a luchar por nuevos espacios, tanto en la tierra como en el cosmos.

En ese mismo año Ray Bradbury publica *Crónicas Marcianas*, hoy un clásico de la ciencia ficción, en donde a través de 27 relatos cortos nos muestra cómo podría ser una colonización del planeta Marte. Situados entre 1999 y 2026, tratan sobre las experiencias de diferentes expedicionarios y de los supuestos primeros pobladores del planeta vecino, así como episodios en donde éstos se cruzan con marcianos. A pesar de la multiplicidad de protagonistas, el fin último de la obra es mostrarnos la vida de ese posible nuevo poblador que llega a un nuevo territorio con unas inquietudes y anhelos, pero también con un recuerdo muy cercano de lo que acaba de dejar de ser (y que pesa mucho en sus acciones). Dice Borges en su introducción que “su tema es la conquista y colonización del planeta”, pero más allá de eso, y gracias a las grandes dosis de humor, terror, angustia y (des)esperanza, Bradbury dibuja las incertidumbres ante una nueva vida que se abren en un nuevo contexto, sus imágenes previas, sus proyectos de futuro, sus sueños y deseos, sus relaciones con lo Otro y con los Otros (y de esos otros con nosotros, no siempre tan desiguales como se pretende hacernos creer).

2009. Aún no hay pobladores en Marte pero se siguen tratando de “conquistar y colonizar partes del planeta” tierra. También se trata de conquistar y colonizar la vida de las personas, ya sea de forma normativa, exclusiva, selectiva, o por medio de la explotación o de la violencia simbólica (o todas ellas a la vez). A la vez que se pretende “bunquerizar Europa, se decide sobre la vida de las personas y de las familias, se diversifican los Guantánamos por el viejo continente en esa pseudo- forma de campo de concentración que es el Centro de Internamiento para Extranjeros y cómo se crea un espacio de vigilancia y control no sólo en suelo europeo sino también en aguas internacionales (y en los países de origen de los inmigrantes). Pero por otra parte también se muestran las porosidades del sistema, las luchas y resistencias que llevan a cabo los actores para tratar de labrarse un futuro mejor, las críticas a un orden impuesto que puede ser alterado.

Me interesa a este respecto la figura del migrante como un ser en transición entre mundos. Me refiero por etapa de transición a diferentes procesos que se dan a la vez en un mismo sujeto: transición geográfica, marcada por la práctica de viaje; transición normativa, orientada por el camino hacia la consecución de la regularización; transición identitaria, en donde las subjetividades creadas a raíz de la apropiación de un nuevo universo contextual marcan una nueva relación con otras personas, con espacios y tiempos nuevos.

Por supuesto que se trata de una clasificación con fines analíticos y en donde no se puede soslayar el hecho de que ya a priori se están haciendo ciertas interpretaciones y jerarquizaciones. Pero sirva de igual modo para percibir, por una parte, los procesos que pueden influir

en el discurso y la práctica de diferentes migrantes; y por otra para poder reflexionar sobre nuestro papel no sólo como miembros de la sociedad de acogida, sino como miembros de otra minoría, llamémosla académica, en donde nuestro papel nunca será neutral ni aséptico para con nuestros sujetos de estudio.

Las transiciones a las que me refiero, cuyo fin último lo marca el sentirse y verse integrados en la nueva sociedad, chocan con ciertas formas de identificación que podríamos llamar fronterizas y que tienen en la individualización biopolítica sus formas concretas.

“La institución frontera nunca fue sólo una línea que delimitaba el punto en el que terminaba la soberanía de un país y empezaba la del otro: ligada a la historia del Estado-nación europeo, siempre fue, también un principio ordenador del mundo, donde las fronteras *imperiales* eran condición de estabilidad de fronteras nacionales intraeuropeas –sobredeterminación colonial. Con la globalización, sin embargo, la frontera sufre un proceso paradójico y de proliferación de endurecimiento. Vacila como límite de la soberanía nacional pero se endurece y multiplica como punto de control selectivo de la movilidad de hombres y mujeres” (Malo, 2006: 8-9).

Y es en ese punto contradictorio de homogeneización pretendida y heterogeneización práctica, en la línea donde se difuminan lo compacto y lo diverso, en donde la creatividad riñe con el poder, en donde tiene sentido un análisis de la migración. El control nunca puede ser total o dejaría de serlo. Lo que se pretende es externalizar ciertos componentes no deseados de la migración y por ello se construyen marcos legales restrictivos, se ponen trabas a la consecución de papeles de regulación o de trabajo, se exponen formas de violencia simbólica donde cabrían el racismo o la xenofobia, se crean imágenes en los medios no siempre acordes con la realidad, se intenta generar una opinión pública en torno al debate (planteado muchas veces como problema) sobre la migración, etc. Sería útil realizar una breve reflexión en torno al concepto de frontera y cómo ésta actúa en la vida de los inmigrantes con que dialogué para posteriormente observar cómo es traspasada y lo que ese cruce puede llegar a significar para dichos inmigrantes.

La frontera entre Uruguay y Galicia no sólo es geográfica. No sólo se refiere a la separación que ofrece el Océano Atlántico. Tampoco es simplemente el paso de una terminal de aeropuerto a otra. No estoy de acuerdo con Allier Montaño cuando dice que

“en Uruguay, uno de los mitos locales es que el país se termina en el aeropuerto. En un país chico resulta necesario resaltar lo local y no tolerar a los que vienen de afuera” (Dutrénit Bielous; y otros, 2008: 183).

Precisamente en el tolerar es en donde se cimienta el verse a sí mismos los uruguayos como un “país de inmigrantes”, en donde la solidaridad y las redes sociales con Galicia tienen muchos ejemplos y cobran mucho significado a la hora de encarar la nueva situación en un nuevo destino. En diversas ocasiones se me recuerda las numerosas Casas Gallegas de Socorro Mutuos que existen en el Uruguay. O se habla del antepasado gallego que emigró al Uruguay. Más que “se termina”, opino que en cierto sentido *empieza* en un aeropuerto. Más que un “no lugar” o un “espacio para el anonimato” (Augé, 1993), es más bien un espacio con una enorme significación y en donde las relaciones y sus interpretaciones cobran mucho peso. Ante la masiva migración de gente que marchaba del país a principios del milenio por motivo del denominado “corralito”, las autoridades pedían a los familiares que no fuesen a despedir a sus seres queridos debido al colapso que se producía en las terminales. Si el aeropuerto fuese un simple espacio de amnesia, un lugar vacío, no tendrían sentido las muestras de cariño, las primeras miradas ante las ausencias, las últimas palabras de ánimo y

buenos deseos antes de irse. Lo mismo sucedía, por ejemplo, en los puertos gallegos cuando la migración marchaba a la entonces llamada “Suiza de América”. Cuenta el acerbo popular que ante la pregunta de adónde se dirigía, el paisano gallego decía que iba a CUTCSA (Compañía Uruguaya de Transportes Colectivos Sociedad Anónima), como si de todo un país se tratase. El denominado hoy en día *workfare state* tiene una genealogía de construcción que nos lleva al campo de la re-presentación y la frontera es, principalmente, relación, pero también imagen y símbolo de lo político.

Por lo tanto un cruce de fronteras no es simplemente un cambio geográfico de estatus sino que alberga un gran significado para las personas que realizan dicho cruce. Tiene mucho de ritual el trasladarse de un lugar a otro. Una vez escogida la opción de la nueva residencia, las acciones que se llevan a cabo por parte del nuevo inmigrante atienden a cierta lógica ritual. No sólo en el sentido de prácticas que se repiten por parte de diferentes actores, que presentan cierta lógica, que se adecúan a un esquema, etc. Sino que también podemos hablar de ritual por el elemento de catarsis colectiva que supone el verse en la misma situación que otros y que puede en un futuro servir de ejemplo a alguien próximo. Pero sobre todo ritual, en este caso, por verse durante el periodo de transición como un ser entre dos mundos. “El cruce de fronteras y umbrales siempre se rodea de ritual; también, por lo tanto, el cambio de un estatus social a otro” (Leach, 1989: 48).

Una vez tomada la decisión (no siempre, ni mucho menos, de forma libre) de migrar, los días anteriores se rodean de cierto carácter ceremonial, festivo, performativo. Suelen hacerse fiestas de despedida, por ejemplo entre los amigos del instituto o del colegio en caso de que los emigrantes sean gente joven. El festejo es algo esperado aunque se trata de guardar cierto carácter sorpresivo, quizá con la aquiescencia de los progenitores, parejas o amigos más allegados. Suelen ir acompañados de regalos que funcionan a modo de recuerdos y cuyo fin es tratar de que la ausencia de los más próximos se haga más llevadera. También se pueden dar fiestas de despedida en los lugares de trabajo o visitas a diferentes miembros de la familia. Los deseos de prosperidad y de que la situación (económica, de seguridad, de calidad de vida), tanto personal como del país que se deja atrás, mejore: “el embarque y desembarco [aterrizaje en este caso], van frecuentemente acompañados de ritos de separación al partir, de agregación al volver” (Van Gennep, 1986: 32-33).

Ya en el ámbito privado, en los días previos, lo más comentado es la preparación de la maleta. Bromas sobre los bultos que se van a llevar, rivalidades en tono jocoso (si es que viajan varios miembros de la familia) por el peso de lo que se transporta, elecciones sobre los artículos más íntimos que se elegirán y los que quedarán para un posible regreso, etc. todo ello es moneda común y por lo que supe presenta ciertos rasgos repetitivos. Al hablar con diferentes personas de todos estos momentos es bastante frecuente percibir cambios en el tono de voz, e incluso en el brillo de la mirada, debido a la fuerte carga emocional que suponen. Lo material se vuelve emocional.

En el caso de que diferentes miembros del grupo familiar viajen en épocas distintas, (por motivos económicos, legales, relacionados con el puesto de trabajo o con el calendario escolar...) el momento de la despedida cobra también una gran significación. Se produzca ésta en el aeropuerto o en la vivienda, la emotividad brota por doquier. Me comenta un informante que su padre “se despidió de mí como si nos fuésemos a ver al día siguiente, pero por dentro...” tardaron 6 meses en encontrarse en Coruña.” Jodido”, “duro”, “bufff” son contestaciones espontáneas ante la pregunta de cómo es ese momento. Y que tiene una cierta continuidad con el momento del reagrupamiento, pues la separación del grupo familiar se percibe a todas horas como transitoria, como “si faltase algo”. Choca el fuerte deseo de verse de nuevo unidos (espacio) con la incertidumbre de no saber cuándo se producirá (tiempo) o con el desasosiego de ver aún lejano el abrazo esperado.

Pero es sorprendente cómo se hace constatar ya en los días previos al viaje e incluso tiempo después el nuevo estatus que se presenta y que atiende a lo que Van Gennep lla-

maría periodo liminar y que sería continuado por Turner (1988). Son muchos los casos en donde se refiere una especie de duplicidad de status. Es en la unión de dicha duplicidad donde cobra significación la experiencia vivida con el viaje. “Me llaman *gallego* allá (en Uruguay) e *indio* acá (en Coruña)”, sería un ejemplo de esto. Las llamadas a no perder la doble nacionalidad en el sentido de querer unir todo lo posible a dos tradiciones, la gallega y la uruguaya, son discurso común entre las autoridades, por ejemplo, en diferentes actos a los que asistí y que tenían la integración y el recuerdo como ejes principales. El caminar juntos, el estar unidos, o el percibir el Atlántico como “el charco” son metáforas que se repiten constantemente.

Pero, como digo, a esa transición geográfica de la práctica de viaje va unida una que podríamos llamar normativa y que obedece en último término a la consecución o mantenimiento de los criterios de nacionalidad. “El consumidor es un viajero que no puede dejar de serlo” (Bauman, 1999: 109). Si invertimos los términos, el viajero podría ser un consumidor que tampoco puede dejar de serlo, necesita de experiencias, de contraste, de choque cultural, de conocimiento de la alteridad, y por tanto, de conocimiento de sí mismo. Según Bauman, la escala de estratificación más paradigmática de la era posmoderna va en función del grado de movilidad, es decir, de los diferentes niveles de elección para elegir el lugar que se ocupa.

“Por todo el globo proliferan las visas de ingreso; no así el control de pasaportes. Este último es necesario acaso más que nunca, para aclarar la confusión que pudiera haber creado la abolición de la visa: separar a aquellos para cuya conveniencia y facilidad de traslado se abolió la visa, de quienes deberían quedarse en su lugar, ya que están excluidos de los viajes. La combinación actual de la anulación de visas de ingreso y el refuerzo de los controles de inmigración tiene un profundo significado simbólico; podría considerarse la metáfora de una nueva estratificación emergente. Pone al desnudo el hecho de que el “acceso a la movilidad global” se ha convertido en el más elevado de todos los factores de estratificación. También revela la dimensión global del privilegio y la privación, por locales que fuesen. Algunos gozamos de libertad de movimiento *sans papiers*. A otros no se les permite quedarse en un lugar por la misma razón” (cursivas en el original. Bauman, 1999: 109-111).

Es por ello que la consecución de papeles se percibe como clave, pues “genera la creencia de que la obtención de los papeles permite el acceso a los derechos de ciudadanía en igualdad de condiciones con los nacionales (Suárez-Navas; y otros, 2007: 24), generando lo que denominan “fetichismo de los papeles”. Se argumenta que los papeles no son la panacea debido a la discrecionalidad del Estado y al fuerte peso que el contrato de trabajo tiene en la consecución de regularidad. Las personas de una asociación de uruguayos en Vigo me comentaban que conocían gente sin papeles que llevaba varios años trabajando y que por el contrario había otros que sí los tenían pero sin posibilidades de empleo. Casos como estos generan una incertidumbre entre diferentes colectividades así como desencanto ante la consecución de los papeles, puesto que éstos no son ni muchos menos la panacea del acceso al trabajo o del acceso a la vivienda.

Por otra parte el sentimiento de culpa también se hace notar, lo que lleva a caer en una deseada invisibilidad y al miedo a ser repatriado. El anonimato pretendido del que hablaba la escuela interaccionista en cuanto necesidad de una *desatención cortés* hacia los otros da un giro y se vuelve deseo de pasar desapercibido, situación contradictoria para la vida de los migrantes pues su presencia y señalamiento es constante por parte de los autóctonos. Todo esto, como digo, funciona a modo de barrera normativa en cuanto que establece un límite y por tanto un deseo de traspaso que no se fundamenta en el deseo de traspaso a una nueva

situación sino más bien en el deseo de dejar de ser la actual, es decir, un desencanto con la propia identidad.

El paso a una nueva identidad, que la marca la situación jurídica alternativa, pone en relación el cuerpo físico con el cuerpo del Estado. Todos los trámites administrativos, la visibilidad en colas y oficinas, el ajustar tiempos y horarios a la pertinencia en el registro de entrada, los contactos cara a cara (desiguales) con diferentes agentes, actúan a modo de seña, de estar marcado, de estar en un periodo liminar de “estoy haciendo los papeles”, como de si de un estigma se tratase. Algo que supone una presentación como *ser inacabado* entre dos mundos, el de la ilegalidad que quiere dejar de serlo y el de la legalidad que aún no se ha conseguido.

Pero la transición de la que hablo también es llevada a cabo de algún modo por los miembros de la sociedad receptora de inmigrantes. Los locales también son seres-en-transición por la aprehensión de conocimientos nuevos que supone el entrar en contacto con la alteridad. A pesar de que los *mass media*, los grupos políticos, las elites empresariales, etc. configuran una opinión pública en torno a la aceptación-rechazo de los inmigrantes, el choque con la cercanía, el contacto en nuestros barrios, escuelas, lugares de trabajo desplaza dicha opinión, “la llegada de extranjeros en grupo genera como reacción actos de reforzamiento de la cohesión social local” (Van Gennep, 1986: 38). Se refería principalmente a sociedades “no civilizadas” o “semi civilizadas”, pero para el caso que nos ocupa existe cierto paralelismo. A este respecto de contacto intercultural es clave la obra de Barth (1976).

Todos estos contactos nos llevan a percibir la diversidad como creación múltiple y la heterogeneidad como resultado. Las nuevas subjetividades son resultado del contacto y permiten un nuevo tipo de saber, un saber alternativo al académico, al mediático, al sistémico. Un saber anclado en la propia experiencia y en la praxis con la alteridad. Un conocimiento al más puro estilo hermenéutico por cuanto supone un conocimiento del yo dando un rodeo por el conocimiento del otro. Por eso opinamos que la puesta en acto de estas performatividades y discursos puede actuar como resistencia al sistema en un doble ángulo: en primer lugar como opción de “salida” (Hirschman, 1977) o de “derecho de fuga” (Mezzadra, 2005), pues supone no aceptar una situación dada y buscar una alternativa; en segundo lugar como “fondo de saber”, (parafraseando al “fondo de poder” del que hablaba Malinowski), nicho donde reposa un conocer alteridades y disyuntivas que puedan generar un sentimiento de lucha a lo impuesto y que allanen el camino a nuevos agentes. Los relatos producidos por diferentes inmigrantes generar un campo que unido a la zona gris que se produce entre lo percibido y lo esperado son útiles para un mayor acercamiento a la realidad social. La migración supone, entre otras cosas, una visión más real de las jerarquías del mundo.

De todos los personajes de la obra de Bradbury antes mencionada es interesante el punto de vista de un vendedor de salchichas en Marte, pionero de la primera oleada de expedicionarios al planeta vecino. Ante la situación de guerra nuclear en la Tierra decidió emprender una nueva vida, dedicándose a lo que había hecho en su antiguo hogar. Veía con optimismo la llegada inminente de nuevos cohetes y se jactaba de ser el primero y único vendedor perritos calientes del planeta. Hoy aún no es necesario ir a Marte (todo se andará). Lo que sí se hace necesario para mucha gente es ir a conocer nuevos mundos. El tránsito entre ellos y por ellos es lo que marca la experiencia. Hablar de migración, transiciones (o viajes, itinerarios, rutas) y conocimiento no va tanto en función de dichos conceptos en sí cuanto de las relaciones que los unen. Y como decía la presidenta de una asociación de inmigrantes uruguayos en Ferrol en un acto público (profesora y política en Uruguay, limpiadora en Galicia, si bien perfectamente podría estar vendiendo salchichas o dando clases): “somos amigos, tenemos varias nacionalidades y estamos unidos”.

Bibliografía

- APPADURAI, Arjun.
1996 *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis. University of Minnesota Press.
- AUGÉ, Marc.
1993 *Los no lugares. Espacios del Anonimato. Una Antropología de la Sobremodernidad*. Barcelona. Gedisa.
- BARTH, Frederic.
1976 *Los Grupos Étnicos y sus Fronteras. La Organización Social de las diferencias Culturales*. México D.F. FCE.
- BAUMAN, Zygmunt
1999 *La Globalización: Consecuencias Humanas*. Buenos Aires. FCE.
- BRADBURY, Ray
1974 *Crónicas Marcianas*. Ediciones Minotauro. Buenos Aires.
- CLIFFORD, James
1999 *Itinerarios Transculturales*. Barcelona. Gedisa.
- DELGADO, Manuel (Edit.)
2003 *Inmigración y Cultura*. Barcelona. Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.
- DOUGLAS, Mary
2007 *Pureza y Peligro*. Buenos Aires. Buena Visión.
- DUTRÉNIT BIELOUS, Silvia; CORAZA DE LOS SANTOS, Enrique; ALLIER MONTAÑO, Eugenia
2008 *Tiempos de Exilios. Memoria e Historia de Españoles y Uruguayos*. Montevideo. Textual.
- FERNÁNDEZ DE ROTA Y MONTER, José Antonio (Coord.)
2002 *Integración Social y Cultural*. Coruña. UDC.
- GIMÉNEZ ROMERO, Carlos
2003 *¿Qué es la inmigración?* Madrid. RBA.
- HANNERZ, Ulf
1996 *Conexiones Transnacionales. Cultura, Gente, Lugares*. Madrid. Ediciones Cátedra.
- HIRSCHMAN, Albert O.
1977 *Salida, Voz y Lealtad. Respuestas al Deterioro de Empresas, Organizaciones y Estados*. México D.F. FCE.
- LEACH, Edmund
1989 *Cultura y Comunicación. La lógica de la Comunicación de los Símbolos*. Madrid. Siglo XXI.
- MALO, Marta
2006 *Prefacio en Fronteras Interiores y Exteriores*; Revista de Contrapoder.
- MEZZADRA, Sandro
2005 *Derecho de Fuga. Migraciones, Ciudadanía y Globalización*. Madrid. Traficantes de Sueños.
- SASSEN, Saskia
2001 *¿Perdiendo el Control? La Soberanía en la Era de la Globalización*. Barcelona. Bellaterra.
- SCOTT, James. C.
2003 *Los Dominados y el Arte de la Resistencia*. Tafalla. Txalaparta.

-
- SUÁREZ-NAVAS, Liliana; MACIÁ PAREJO, Raquel; MORENO GARCÍA, Ángela.
(Edits.)
2007 *Las Luchas de los Sin Papeles y la Extensión de la Ciudadanía. Perspectivas críticas desde Europa y Estados Unidos.* Madrid. Traficantes de Sueños.
- ROMERO, Enrique
2006 *Quién invade a Quién. El Plan África y la Inmigración.* Oviedo. Cambalache.
- TURNER, Victor
1988 *El Proceso Ritual.* Madrid. Taurus.
- VAN GENNEP, Arnold
1986 *Los Ritos de Paso.* Madrid. Taurus.
- VV.AA.
2008 *Frontera Sur. Nuevas Políticas de Gestión y Externalización del Control de la Inmigración en Europa.* Barcelona. Virus Editorial.

